

Jn 20,1-9 Domingo de Resurrección.

“Llegó a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de las tierras que Jacob había dado a su hijo José...”

Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos. La samaritana le respondió: «¡Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». Los judíos, en efecto, no se trataban con los samaritanos...

El primer día de la semana, de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que la piedra había sido sacada” (Jn 4,5.8-9;20,1).

Una mujer samaritana se acerca al pozo de Jacob, pero es Jesús quien se hace pobre y la pide agua. Jesús abre el camino de la comunión entre los judíos y samaritanos (pues no se hablaban). Jesús con este signo nos habla de la fraternidad, pues todos podemos dar algo a los otros.



Ahora es María Magdalena la que va al encuentro de Cristo sepultado; pero son las aguas de las lágrimas, por perder a su Señor, las que hacen que lo encuentre Resucitado y se convierta ella misma en un torrente de agua Viva para todos los demás.

Jesús resucitado nos reúne para que formemos su Cuerpo, su familia y tengamos un corazón abierto a los que quieren recibir el Reino.

Señor resucita en mi corazón, remueve en mí las piedras de la mediocridad, para que reines en

todo mi ser y viva como familia de Dios.

¡Jesús ha resucitado! ¡Aleluya, Aleluya!

¿Busco a Cristo resucitado y lo llevo a los demás?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc